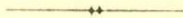


CIRCULAR RELIGIOSA



ORDEN Y PROGRESO

VIVIR PARA LOS DEMAS: LA FAMILIA, LA PATRIA, LA HUMANIDAD

CIRCULAR RELIGIOSA

POR

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE



SANTIAGO DE CHILE

IMPRESA CERVANTES

CALLE DE LA BANDERA, NÚMERO 73

1886

AÑO 98.º DE LA GRAN CRISIS



CIRCULAR RELIGIOSA



Los bandos políticos deben fundirse en una cooperación armónica de todos los ciudadanos en el organismo social. Ni los conservadores, ni los liberales, en sus varios matices, se hallan en la verdad, porque los elementos que tratan de representar exclusivamente, aquéllos, el orden, éstos, el progreso, son inseparables. En efecto, no cabe favorecer realmente el orden si se obstruye el progreso, ni es dable tampoco coadyuvar al progreso si se perturba el orden. Admirablemente consignado está eso en la luminosa fórmula positiva de que el progreso no es más que el desenvolvimiento del orden, la cual ha de ser guía indispensable de los que deseen concurrir al bien público. Liberales y conservadores de noble índole, tienen que fraternizar, pues, bajo el mismo principio fundamental. Y para ser del todo equitativos es menester que unos y otros dejen las denominaciones insuficientes y contrapuestas que llevan, adoptando, en su lugar, el título uniforme de positivistas. Por cierto que tal título obliga á consagrarse plenamente al servicio de la Fami-

lia, la Patria y la Humanidad. Mas esa es la verdadera misión de todas las almas honradas.

Hay un pretendido obstáculo que detiene á muchos en los umbrales del positivismo, sin que se atrevan á penetrar en la doctrina suprema, y es el que elimine á Dios. En sumo grado acata la religión de la Humanidad á ese concepto por los servicios que ha prestado como cimiento indispensable de la moral durante largo tiempo. Tan es así, que la idea de Dios forma parte del culto que rendimos al pasado. Pero ya no es posible dar esa base á la moral sin debilitarla sobremanera. En verdad, imponer hoy los deberes en nombre de Dios, y con el temor de las penas eternas y el incentivo de los goces sin fin, es apocar la virtud. Y con esto no queda calificada aún con merecida severidad la moral teológica, que sofoca los impulsos generosos del alma que mueven á buscar no la propia salvación personal, sino la felicidad progresiva de nuestra especie. Como llegó un momento en que los dioses perdieron su eficacia social transitoria y fueron reemplazados por Dios, igual cosa ha sucedido ahora con respecto á éste, siendo ya la Humanidad, y para siempre, el verdadero director supremo de toda nuestra existencia.

Confunden algunos al positivismo con el materialismo por una inexcusable ceguedad, cuando precisamente aquél va á librar al mundo de éste. Siempre fueron vanas para extirparlo las diversas tentativas teológicas. Mas surge Augusto Comte, ese hombre único ante el cual deben inclinarse reverentes todos los mortales, y al fundar el positivismo condena de tal suerte al materialismo, que éste tendrá que desaparecer de la tierra. El fallo es ineludible, pues el Maestro ha hablado no en

nombre de un sér imaginario, sino en nombre de la Humanidad, sér real, visible y grandioso, que todos debemos amar, conocer y servir. El materialista que se atreva aún á levantar la voz, aparecerá como un enemigo del género humano. De hoy en adelante, la ciencia ha de subordinarse á la religión altruista, para que tenga siempre una finalidad social. También van á ser dirigidas por el positivismo, la industria y el arte que se hallan tan descaminados. Enorme es la cantidad de productos nocivos que se elaboran al presente. Pero bajo el imperio de la religión de la Humanidad, eso no hade suceder, porque nada se fabricará que no sea provechoso á la sociedad. Las fuerzas estéticas mal empleadas actualmente exceden todavía á las industriales. Respecto de la literatura, ella está dedicada, en su mayor parte, á corromper á los hombres; mas, felizmente, la religion altruista ha de transformar luego tanta acción maléfica en benéfica. En cuanto á la música, la pintura y la escultura, no es menor tampoco la labor, hoy desviada, que, bien encaminada por el positivismo, habrá de servir sólo para purificar, enaltecer y santificar á nuestra especie.

Las naturalezas virtuosas no podrán menos de afiliarse bajo la religión suprema que viene á conducir al género humano á sus más gloriosos destinos. ¿Por qué habían de quedarse en el teologismo retardando así una obra tan necesaria y tan sublime? ¿Serían sordos, por ventura, á la voz augusta de la Humanidad que los llama á la altísima tarea? La hora de la gran concordia se acerca, la paz universal está próxima, y tócales á los hombres de buena voluntad de todas las naciones el llevarla á cabo con su cooperación armónica. Á nadie le es hoy lícito

gastar estérilmente sus fuerzas en reconstituir un pasado que ha hecho su época. Respetémoslo, pero sepamos continuarlo, realizando la sagrada labor de nuestro tiempo. Sólo el positivismo puede hermanar á todos los hombres en un mismo amor y un mismo espíritu. Los momentos son solemnes. Es preciso ponerse al trabajo sin más demora. El pasado nos impulsa, el porvenir nos espera, y el presente reclama nuestra acción. Sirvamos abnegadamente á la Humanidad. Seamos sus hijos fieles y amantes. Que el incansable valor altruísta anime y fecunde nuestra vida. Derramemos santas inspiraciones; comuniquemos aliento á los débiles; tratemos con indulgencia á los caídos y ayudémoslos á levantarse; enaltezcamos á la mujer, verdadero ángel guardián de la virtud en el hogar doméstico; fraternicemos con las nobles almas de todos los tiempos y países; y cimentemos cada vez más la religión universal.

Si los católicos, discípulos de San Pablo, desean permanecer verdaderamente fieles al espíritu del grande apóstol, han de convertirse al positivismo. ¿Qué hizo, en efecto, San Pablo en su época? Servir la doctrina cristiana que era entonces la más favorable al perfeccionamiento moral. ¿Qué haría en el nuestro? Servir la doctrina positiva que es la única que puede salvar hoy al mundo, conduciéndolo á la virtud y á la felicidad. Con el cristianismo no es dable ya hacer nada, porque es una doctrina muerta; con el positivismo todo, porque es una doctrina viva y el porvenir es suyo. Eso lo vería ahora el gran San Pablo como vió en su tiempo que era preciso reemplazar el judaísmo con otra religión. ¿Por qué no quedó adicto á las antiguas creencias? Porque el género humano

necesitaba de nuevas creencias. Al proceder así no fué un renegado, pues solamente lo son los que cambian para atrás y no los que cambian para adelante, ó mejor dicho, los que cambian por egoísmo y no los que cambian por altruismo. Y que hoy serviría al positivismo y no al cristianismo, es una verdad incuestionable. De ello se persuadirán, sin la menor sombra de duda, los que estudien sus epístolas en conformidad con la célebre máxima del apóstol, que la letra mata y el espíritu vivifica. Pero no sólo San Pablo sino todas las nobles almas que han existido en el pasado bajo las diversas doctrinas, consagrarían de lleno ahora sus facultades al positivismo, como que ahí se encuentra la plenitud religiosa. Esta consiste en vivir sólo para la Humanidad, nuestra gloriosa Madre común. Todos los mortales deben servirla, en efecto, exclusivamente, sin desviar jamás de ella ni aspiraciones, ni esfuerzos. La menor tendencia teológica sería un verdadero robo moral hecho á la Humanidad, que reclama de sus hijos una fidelidad perfecta.

Parece increíble que haya todavía quienes desconozcan á nuestra augusta Madre. Ofúscalos el teologismo y reniegan ingratamente del verdadero Gran Sér al cual se lo deben todo. Desde el seno de las ciudades construídas por la Humanidad, blasfeman de esta providencia suprema que es nuestro sólo amparo moral, intelectual y material. Un viaje concienzudo al través de la historia podría sacar á esos rebeldes de su extravío. No cabe duda que nuestros primeros antepasados fueron necesariamente salvajes. Con el transcurso del tiempo efectúase un progreso paulatino y gradual. En muy lenta marcha hemos tenido que pasar por el fetichismo, el politeísmo

y el monoteísmo, haciéndonos cada vez más sociales y morales, si bien con las imperfecciones inevitables de los diversos estados recorridos. Después de una larga y penosa ascensión llegamos ahora al positivismo. Todo ello es obra exclusiva de la Humanidad que ha ido levantando paso á paso el grandioso edificio de la civilización. La industria, la ciencia, la poesía, la filosofía, la política, la religión, cuanto ha servido al perfeccionamiento terrestre nos viene de esa providencia augusta. Ella nos protege, nos instruye y, lo que es más importante aún, ella nos santifica. Todos debemos reconocerla por nuestra Madre bendita, despertando su glorioso nombre en nuestras almas profundísima veneración. Y nuestros labios han de entonarle los más sublimes cánticos que puedan salir del corazón humano.

El símbolo de ese Gran Sér social es la Virgen Madre, porque esta utopía caracteriza la pureza de sus intenciones y la abnegación de sus servicios. En efecto, la Humanidad nos engendra á todos castamente en nuestra calidad de seres morales. Nuestra condición física no es más que la base de nuestros atributos espirituales que constituyen nuestra verdadera existencia. De nuestros sentimientos y de los actos que derivan de ellos, se forma, en realidad, la vida humana. Y á darle á esa vida su más perfecto desarrollo viene ahora el positivismo. Grave obstáculo á tan sublime doctrina es, sobre todo, la incontinencia, patrocinada por el grosero materialismo. Proscrita está ahora la castidad por una falsa ciencia. Innumerables son los ejemplos que nos presenta la historia de los beneficios de esa preciosa virtud. Las grandes naturalezas sacerdotales que se sometieron á ella alcanzaron

la más alta perfección, triunfando de todos los malos instintos y desplegando una energía indomable para el bien. Pero la continencia no sólo favorece el vigor del alma sino también el del cuerpo, como lo atestiguan los nobles caballeros de la edad media que reunían la fuerza moral y la muscular. Á pesar de la anarquía contemporánea que desconoce esa santa enseñanza del pasado, el positivismo ha de hacer surgir radiante la castidad de en medio de las mujeres, que en su índole altruista conservan la aspiración al verdadero amor. Ellas serán quienes rindan más ferviente culto á la Humanidad, bajo su forma gloriosa de la Virgen Madre.

Si la Humanidad es el verdadero Sér Supremo ¿por qué no la adoró San Pablo? preguntarán tal vez los católicos. Porque en su época no pudo conocerla, pues no nos habíamos desenvuelto suficientemente aún. De ahí que refiriera á Dios todos los beneficios que debemos á la Humanidad. Mas el curso de los tiempos ha cambiado por completo la mentalidad que envolvía a San Pablo. La condición planetaria de la tierra basta ella sola para disipar la antigua cosmogonía, en la cual hubo de creer el fundador del catolicismo. Á poder meditar ahora el grande apóstol, bajo la influencia de los progresos realizados desde su época, vería en la Humanidad la verdadera providencia de los mortales, é invocando su santo nombre difundiría el positivismo con el sublime celo que le era característico.

Dentro de la doctrina altruista se hallaría en su verdadero elemento ese prodigioso maestro de amor que, en pleno teologismo, llegó á decir que la misma predicación en lenguaje de ángeles no es más que un bronce que

suenan, ó un címbalo que retiñe si le falta la caridad; que ésta se halla por encima de la fe, por encima de la ciencia, por encima de la profecía, por encima del martirio; que sin la caridad, en una palabra, todo es nada. Al considerar lo que San Pablo hizo en su tiempo con la imperfecta doctrina que profesaba, y á pesar de las grandes dificultades que se le oponían á cada paso, nos lo imaginamos ahora recorriendo como un rayo el planeta entero para unir á todos los hombres con la fe social y demostrable. Ese torrente de santa elocuencia llevaría la luz del positivismo desde un confín del mundo al otro. Nadie se resistiría á la persuasiva impetuosidad del apóstol interpretando la doctrina final: ni los católicos, ni los protestantes, ni los mahometanos, ni los discípulos de Buda, ni los de Confucio, ni los escépticos, ni los impíos. Su edificante voz levantaría el glorioso porvenir trazado por Augusto Comte. Fiel á la grandiosa enseñanza del Maestro Supremo, fundador de la religión de la Humanidad, San Pablo organizaría la verdadera Iglesia universal.

Los hombres virtuosos que rehuyen entrar al positivismo, de seguro que no conocen la sublime doctrina. Si la examinaran con serenidad, sin prevenciones injustas y animados de un ardiente amor por nuestro linaje, estamos ciertos de que se convertirían. La doctrina teológica que ahora profesen habría de parecerles muy insuficiente, y no podrían dejar de reconocer que los verdaderos creyentes son los positivistas. En efecto, sólo ellos tienen fe en el porvenir glorioso de nuestra especie, y viven directamente para los demás, sin preocuparse de una egoísta é ilusoria salvación individual, sino de la altruista y verdadera salvación social. Y todas las

nobles naturalezas que han existido en el pasado bajo las diversas doctrinas, fueron positivistas espontáneas. Su conducta obedeció siempre al amor, verdadera fuente del deber. Es fuera de duda, que si pudieran revivir al presente, proclamarían la alteza del positivismo, se declararían sus fieles, y se consagrarían abnegadamente á su servicio. Ya no es dable empequeñecer la religión intimando castigos eternos. Eso sería indigno del momento de evolución social que alcanzamos. Los llamamientos á la virtud han de ser directos, invocando sólo el amor, mostrando los beneficios que debemos á la Humanidad, haciendo sentir la gratitud de que es merecedora, conmoviendo los corazones con la más santa elocuencia, persuadiendo que la verdadera felicidad está en las buenas acciones. ¡Cuánto bien no harían las almas apostólicas defendiendo la religión suprema! Y al predicar el positivismo no se sirve sólo á tal ó cual país, sino también á nuestra especie entera, como que esa grandiosa doctrina va á unir á todos los habitantes del planeta en la misma fe y el mismo amor.

Con dejarse llevar de los nobles instintos de sus almas, se elevarán naturalmente todos los buenos católicos al amor de la Humanidad. De este verdadero Gran Sér han de recibir las más generosas inspiraciones y le rendirán agradecidos el culto más venerante. Ya no verán en lo del Gólgota, sino uno de los mil rasgos de abnegación de la Humanidad. Y en efecto ¡cuántos actos sublimes no hubo antes de entonces y cuántos no ha habido después! Pero ¿qué es todo lo que se sabe, comparado con la labor silenciosa del mejor elemento de la Humanidad constituido por la mujer? ¡Qué de millares

de madres no han vivido santamente inculcando la virtud en el corazón del hombre, al través de los siglos! ¡Y cuántos benéficos impulsos no habrá dado la mujer como esposa, hija, hermana y amiga! Todo eso es innominado, la historia no lo consigna, pero ello forma lo más selecto de la Humanidad. La adoración de este Gran Sér social es, pues, un ineludible deber religioso. Él merece nuestro más puro amor, y nuestras eternas bendiciones. Bajo su santo influjo han de trabajar incessantemente los verdaderos apóstoles. Á ellos les incumbe consolidar las familias, purificar las patrias y enaltecer á todo nuestro linaje. Con su virtuoso entusiasmo y su inquebrantable firmeza tienen que salvar al mundo de la anarquía en que yace ahora. En su alta misión han de sacar á sus semejantes ya de la incredulidad, ya del teologismo, encaminándolos á todos por la vía gloriosa de la religión de la Humanidad.

El positivismo asigna al arte una gran función social: la de perfeccionar los corazones por medio del ideal. Buscar placeres estéticos fuera de las nobles impresiones sólo es propio de seres depravados. La verdadera felicidad se halla dentro de la moral. Es el altruismo, fuente real del deber, quien produce las más gratas emociones. Todo el que fuere ajeno al amor de la Familia, la Patria y la Humanidad, no podrá ser ni virtuoso, ni feliz. Las relaciones que nos ligan á esa trinidad social envuelven por completo nuestra existencia. Hasta los menores actos ejercen en el mundo una influencia benéfica ó maléfica. Cuanto se habla, se escribe ó se hace, lleva el sello del sentimiento que nos domina, y repercute en los demás. Hemos de velar, pues, diligen-

temente sobre nuestro interior á fin de mantener vivo el noble fuego del altruismo, sofocando á la vez el ardor impuro del egoísmo. Y el arte es el medio más adecuado para conseguirlo. Desde la infancia hasta la vejez él ha de purificar y embellecer incesantemente nuestra vida. En el hogar, con el culto privado que estrecha y santifica los lazos de la familia; en el templo, con el culto público que conmemora los beneficios sociales que debemos á la Humanidad, la glorifica y nos estimula á su servicio. Todas las fuerzas estéticas han de consagrarse exclusivamente á enaltecer la existencia terrestre. Se pueden perdonar los abusos cometidos en el pasado, cuando nos ensayábamos para encontrar la clase de vida que más convenía al género humano, pero eso ya no es tolerable ante la concepción positiva de nuestro destino. Los que atentan hoy contra la moral por medio del arte, son los peores enemigos de nuestra especie. Si los asesinos matan los cuerpos, ellos matan las almas. Ni cabe excusarse con la libertad estética, porque ésta no puede abarcar el dominio del vicio. Demasiado campo tiene el artista en lo que sirva para perfeccionar la existencia humana. Santa y fecunda será ahí su labor. Y nunca es tan potente la fuerza creadora como bajo la inspiración de la benevolencia. Cuando no se sabe trabajar de ese modo más valdría no hacer nada. El mundo ganaría con la inactividad de los que solo pueden idealizar el mal. Pero los que sepan dar vida estética á las nobles cosas, esos no debieran cesar en el trabajo porque son servidores muy eficaces de la Humanidad.

Imagínanse algunos espíritus que no ha llegado aún

la hora de la gran regeneración que va á formar una sola familia de todo nuestro linaje, bajo una misma fe y un mismo amor. Creen que el mundo tiene que descomponerse más todavía para que surja el nuevo orden armónico y feliz. Funesto error, que deja correr el torrente de la inmoralidad sin oponerle, desde luego, la firme valla de la incansable predicación de la virtud. Estamos por mirar cual desertores de la Humanidad á los que inutilizan sus propias fuerzas con tan extraña manera de ver las cosas. Parece que el sentimiento de los grandes deberes se hubiera apagado en sus almas. La magnitud de la renovación social y moral que se está operando no consiente retardos. Todos los que sean capaces de percibir la verdad de la doctrina altruista se hallan en la obligación sagrada de prestarle una valiente ayuda. Sólo por la enérgica cooperación de los buenos puede efectuarse la reorganización final del mundo. Quedar inactivo ante el gran movimiento religioso del presente sería dar pruebas del más triste egoísmo. Es menester arrancar de nuestra alma la deplorable inercia que pueda aquejarnos. Nunca se había presentado un campo más vasto y fecundo para la acción del hombre. Se trata de levantar el virtuoso y feliz porvenir de toda nuestra especie sobre el planeta. Y esa obra, tan santa como inmensa y variada, ha de absorber la existencia de todas las almas fuertes.

Apena el ver cómo se extravían hoy ciertas naturalezas poderosas. Las hay que, encerradas en el teologismo, y no encontrando ahí dónde desplegar las dotes que poseen, gástanlas en una estéril erudición. Nada que ilumine á la especie humana resplandece en sus escritos.

Como trabajen sin altruismo, su labor es infecunda. Otras naturalezas se hallan más descaminadas aún. Éstas son las que consideran indispensable la pintura de los vicios para alejar á los hombres de ellos. De ahí esas obras llenas de horrores, obscenidades y degradación, que no hacen sino aumentar el desorden social, pues el corazón no se mejora con el espectáculo del mal, sino por la contemplación del bien. Y los escritores que se conducen de esa suerte deben tener el alma vacía de ideal. En ellos no puede existir, por más que protesten, la verdadera moralidad, porque esta es una fuerza vivificante y creadora que nunca desmaya, impulsando siempre á la mayor virtud. Jamás ha de consagrarse á reproducir los vicios con su pluma, quien aspire al perfeccionamiento de nuestra especie. Eso no enmienda á nadie y sólo sirve para complacer á los infelices que se gozan con la inmoralidad. Escribir es una función sagrada; es enseñar; es encaminar á nuestros semejantes por los senderos del bien; es infundirles energía para la virtud; es comunicarles una fe invencible en el porvenir de nuestro linaje; es alentarlos á trabajar por él con incansable perseverancia; es mostrarles, en una palabra, que todos somos hijos de la Humanidad y que debemos ser sus abnegados servidores. Y ello puede efectuarse de mil maneras, quedando abierto el campo para toda clase de ingenios, sea en los consejos directos en que el escritor habla con el lector, sea en los indirectos, por medio de idealizaciones de la vida pública y privada, en que la virtud puesta en acción ejerce tan persuasiva influencia en las almas.

Muchos son los que no han podido elevarse todavía á la contemplación de la Humanidad. Reconocen la exis-

tencia de la Familia y de la Patria, y viven para ellas; pero no comprenden que por encima de esos dos seres hay uno que les es muy superior, sobre nuestro planeta. Por eso consagran los sentimientos culminantes de sus almas á un Ente imaginario. Culpable sería semejante actitud, si no fuera inconsciente. Y es de esperar que en breve se disipe la niebla que les oculta la verdad, pudiendo entonces contemplar á la Humanidad en todo su esplendor. Este Gran Sér reclama el amor y el servicio de todos los hombres. De él nacemos, para él debemos vivir, y en él nos toca morir. La Humanidad, providencia soberana de todos los mortales, tiene que ser reconocida y acatada sobre el planeta entero. Su glorioso nombre simboliza la paz y la felicidad universales. Todas las almas han de mirar á la Humanidad como el lazo de unión indestructible del pasado, del futuro y del presente. Ella es quien liga á los fetichistas primitivos con los positivistas del más lejano porvenir como cooperadores en la misma labor terrestre. Cuanto pueda ser benéfico á los hombres, viene de la Humanidad, y á élla vuelve, y en élla se refunde. La totalidad de los perfeccionamientos morales, intelectuales y materiales son obra exclusiva suya; y no es dable desconocerlo ya sin ser profundamente ingrato. Hijos de la Humanidad son todos los hombres, cualquiera que sea el país ó la época á que pertenezcan. Ella se cierne sobre todo, lo domina todo, lo gobierna todo. Á la Humanidad, el solo Sér Supremo real, deben referirse, pues, como lo decía su más grande intérprete, Augusto Comte, nuestras afecciones para amarla, nuestras contemplaciones para conocerla y nuestras acciones para servirla.

Bajo la influencia directa de ese Gran Sér social presentase llena de esperanza la senda del porvenir. La convergencia de todos los esfuerzos humanos en el mismo sentido del perfeccionamiento terrestre acrecentará en gran manera el bienestar general. Disipadas las luchas doctrinarias que tanto debilitan la cooperación en la causa común del progreso de nuestro linaje, todas las almas concurrirán acordes á ese fin supremo. Nos encontramos en el momento más decisivo de la evolución social. Con el positivismo todo se explica, el pasado y el porvenir. Se sabe ya á ciencia cierta de dónde venimos y á dónde vamos. Partidos del egoísmo y la discordia, nos hemos encaminado, por una serie de venerables preparaciones, al altruismo y la concordia, de que estamos muy próximos. Todas las almas religiosas que existen sobre el planeta van á juntarse en la misma religión, formando así un ejército moral invencible. Nadie podrá detener su benévola y enérgica acción. Y detrás de los vivos y de los que han de vivir, están las legiones innumerables de gloriosos muertos que nos han legado sus heroicos ejemplos. ¡Qué sublime campaña es la que ha comenzado ya bajo los auspicios del Maestro supremo, Augusto Comte! La virtud pasará de familia á familia, de pueblo á pueblo. El planeta entero será subyugado á la santidad. La misma fe, el mismo idioma y el mismo sacerdocio unirán á todo el género humano. Cada generación planetaria transmitirá á la siguiente la herencia altruista perfeccionada. La historia será sólo el crecimiento armónico de la sociocracia universal. Y nuestro hogar terrestre se hallará convertido en un Paraíso cada vez más luminoso.

Pronto habrán de desvanecerse las preocupaciones que obstruyen la vía hacia el glorioso porvenir de nuestra especie. Una de las más funestas es la que tiende á lanzar en la vida pública al sexo amante. Parece increíble que haya quienes traten de destruir de ese modo la grande labor de los siglos, que ha hecho de la mujer la diosa del hogar. Ese es el verdadero destino del sexo amante. Las ocupaciones fuera de la familia alteran la dignidad femenina. Impulsar en ese sentido á la mujer es un atentado contra la moral positiva. En todos los hogares, proletarios y patricios, ha de vivir el sexo amante protegido y respetado por el hombre. Es menester cumplir con ese ineludible deber social que ya no es dable desconocer. Sólo así podrá desempeñar la mujer, en toda su plenitud, su función característica de providencia moral del mundo. Ajena á los trabajos de la vida pública y exenta de rivalidad con el hombre, se consagrará de lleno á inspirar los más nobles sentimientos. Ella será luz y aliento en sus diversas condiciones de madre, esposa, hermana é hija. Rodeada de homenajes, se elevará á la más perfecta virtud, sirviendo de tipo de santidad. El hombre, pensando y obrando bajo la inspiración de la mujer, es el supremo ideal de la vida.

Preocupación funesta es también la que hace prevalecer el concepto metafísico de los derechos en vez del concepto positivo de los deberes. De ahí esa perpetua agitación que turba el buen gobierno de la sociedad. Olvidan los hombres sus obligatorias funciones armónicas y siembran la anarquía por todas partes. Dondequiera resuena un lenguaje falso y corruptor. La mentida declamación es el malsano alimento que se da á las almas.

Tan funesta situación ha de ser reemplazada por el cumplimiento de los deberes respectivos que nos incumben en el organismo social. Nadie tiene derechos, porque todo individuo es un deudor moral, intelectual y material de la colectividad humana. La industria, la ciencia y la virtud han sido elaboradas con el concurso de las generaciones al través de los siglos. El santo, el sabio y el capitalista son, en sus respectivos dominios, servidores de la Humanidad, que trabajan en una labor cada vez más secular. Todos sus esfuerzos han de consagrarse á llenar la misión que les corresponde particularmente. Por ahora, sólo llama la atención el orden industrial que se halla tan perturbado por la lucha entre los proletarios y los patricios. Es verdad que esa es la cuestión más urgente, y hemos de resolverla luego por medio de la religión altruista que impone, á unos y á otros, deberes ineludibles, á fin de que la riqueza sea lo más productiva para la sociedad en general, manteniendo con gradaciones equitativas á todas las familias. Pero el orden intelectual y el moral reclaman también su reorganización. La ciencia no ha de emplearse nunca en investigaciones inútiles para la Humanidad. Ésta debe ser siempre el fin último de sus estudios. Cuanto se haga con olvido de esa destinación suprema es censurable por antisocial. Tocante al dominio de la virtud, que es el más alto de todos, ningún noble afecto ha de serle arrebatado a la Humanidad, teológicamente. En élla deben concentrarse las más puras aspiraciones de nuestras almas. Para la Humanidad hemos de santificarnos sin cesar.

Señalaremos todavía otra preocupación de mucha gravedad. Es la relativa á los dos poderes, el temporal y el

espiritual, ó el Estado y la Iglesia. Créese generalmente que esa división no tiene ya razón de ser y que la autoridad política basta ella sola para presidir el orden humano. Ello importa el desconocimiento de la verdadera naturaleza del organismo social que no puede funcionar bien sin la coexistencia del poder temporal y el espiritual. Uno y otro tienen sus atribuciones respectivas que no deben confundirse jamás, siendo ambos indispensables para la buena marcha de la sociedad. Y la misión del poder espiritual, si menos urgente que la del poder temporal, es, sin embargo, mucho más digna y de mayor alcance. Mientras la autoridad política mantiene la armonía transitoria y nacional, la autoridad moral trabaja por la concordia permanente y universal. Élla es quien liga el pasado de nuestra especie con su porvenir; élla, quien, sobreponiéndose á los egoísmos territoriales, hermana á todos los pueblos; élla, quien cultiva en los corazones el sentimiento de la veneración que tanto enaltece la naturaleza humana y que es la verdadera base de nuestro perfeccionamiento. De esa autoridad moral que lejos de extinguirse ha de adquirir ahora toda su plenitud, fueron miembros espontáneos los más eminentes servidores de nuestro linaje. Á ella pertenecen, en efecto, las lumbreras inmortales escalonadas al través de los siglos en diversas partes del planeta, los Confucio, los Buda, los Moisés, los Homero, los Isaías, los Aristóteles, los San Pablo, los Mahoma, los San Bernardo, los Dante, los Descartes. Y el miembro más ilustre de ese altísimo poder espiritual es el fundador de la religión de la Humanidad, Augusto Comte. Bajo su magisterio supremo va á organizarse sistemáticamente el sacerdocio altruista

que presidirá la unidad moral de nuestro linaje en toda la tierra. Á medida que se afiance y desarrolle el poder espiritual positivo, el orden temporal habrá de subdividirse, constituyéndose las patrias normales, formadas de cada ciudad con sus campos respectivos, pero ligadas todas por la Iglesia sociocrática.

Incúmbeles á las grandes almas cooperar desde los diversos países á la formación del poder espiritual positivo, de cuyo establecimiento depende la armonía universal. El centro de ese poder espiritual ha de estar en París, ciudad jefe de la evolución moderna. Los elementos italiano, español, inglés y alemán que han concurrido con ella á la civilización occidental, deben reconocer su legítima primacía. Lejos de tener rivalidades con la metrópoli humana, les corresponde empeñarse en que llene dignamente su misión directiva, haciéndole nobles representaciones en ese sentido. París era la ciudad predestinada por sus antecedentes históricos para dar nacimiento á la religión universal, y ella es la llamada á presidir su instalación planetaria, como el mismo Augusto Comte lo declaró. Mas si el centro del positivismo debe hallarse ahí, no por eso ha de disminuir la actividad moral en las demás naciones. El elemento español tiene, particularmente, condiciones muy favorables para la labor suprema. Su celo religioso ha sido siempre característico. Inseparablemente unidas habrán de cooperar la España y sus hijas, las Repúblicas Americanas, al triunfo de la religión de la Humanidad. Quisiera para mí Chile un puesto de honor en la gloriosa empresa. Deseo, y lo espero aún, que todos sus habitantes se conviertan luego al positivismo, y que de entre ellos partan valientes misioneros

á otros pueblos. Las naciones son miembros del organismo social planetario que han de coadyuvar fraternalmente al bienestar universal. El civismo egoísta debe ser reemplazado por el civismo altruista. Como la mejor familia es la que más sirve á la patria, la mejor patria es la que más sirve á la Humanidad.

Todas las fuerzas religiosas que encierra todavía el catolicismo, pueden incorporarse gradualmente al positivismo. Basta para ello que el sacerdocio de la doctrina de San Pablo se halle poseído de un verdadero amor al género humano. En esa virtud, ha de ir eliminando todas aquellas ceremonias teológicas que revisten al presente un carácter enteramente egoísta. Y conviene que ponga especialmente en desuso las demandas irreligiosas para turbar las leyes naturales. Pero debe celebrar á menudo la conmemoración altruista de los santos varones á fin de estimular á seguir su ejemplo. Es menester, sobre todo, que identifique el culto de la Virgen Madre con el culto de la Humanidad, mostrando que este Gran Sér social forma nuestra verdadera providencia. Por otra parte, ha de reemplazar la enseñanza de la teología, inconducente ya, por la enseñanza de las siete ciencias fundamentales: matemática, astronomía, física, química, biología, sociología y moral, que constituyen el saber positivo. El objeto religioso del estudio es poder practicar dignamente la virtud, y de ahí que sólo sea dable aprender ahora aquello que nos prepare á servir mejor la Familia, la Patria y la Humanidad, las tres únicas esferas reales en que ha de ejercerse nuestra acción. Los sacerdotes católicos tienen que seguir, pues, la senda positivista para cooperar fructuosamente al progreso de nuestro linaje.

Inexcusable olvido de su augusta misión sería el que desatendieran, por la transitoria teología, la permanente labor religiosa de purificar y santificar las almas, que sólo puede realizarse hoy debidamente en el positivismo. Á esta sublime doctrina han de converger los verdaderos directores espirituales. La religión de la Humanidad absorbe en su seno á todos los que deseen velar eficazmente por los destinos de nuestra especie.

Las diversas funciones sociales tienen ahora la consagración de la Humanidad. En su nombre y para su servicio se desempeñan todas ellas. La Humanidad es quien nos impone ahora los deberes privados y los públicos. Todo le está subordinado: individuos, familias y patrias. Por élla subsisten y prosperan, y no les es dado sustraerse á su benéfico imperio sin caer en la inmoralidad y turbar el orden terrestre. Nada ha de hacerse, pues, personal, doméstica ó cívicamente, sino bajo la inspiración de la Humanidad. Guiados por este Gran Sér debemos encaminarnos todos en perfecta comunidad moral hacia el glorioso porvenir. Pero si hemos de tomar ya esa vía suprema en medio de una santa concordia, nos cumple también respetar profundamente al pasado, que á él le somos deudores de la altura que alcanzamos. Cada una de las grandes fases sociales preparatorias del positivismo, merece, pues, nuestro culto perpetuo. Obra de indispensable gratitud es esa, y medio, á la vez, de perfeccionar nuestros corazones. En efecto, el culto rendido al pasado fortifica la veneración, que tanto influye en la moralidad. Gracias, sobre todo, á ese dignísimo sentimiento de la naturaleza humana existe la historia de los nobles hechos, viven los muertos en la posteridad

y se transmite la virtud al través de las edades. Experimentase una inefable satisfacción al considerar que podemos reunirnos todos, proletarios y patricios, mujeres y sacerdotes, en fraternal consorcio, idealizando respetuosamente el pasado y construyendo abnegadamente el porvenir. La religión de la Humanidad va á realizar la armonía total de la vida, tan buscada desde los tiempos más remotos por las grandes almas. Dentro de la familia los cónyuges estarán indisolublemente unidos por la misma fe, y los hijos seguirán las ideas de los padres, afianzándolas cada vez más el estudio y el tiempo, lejos de minarlas. Para siempre habrán desaparecido del hogar las penosas disidencias religiosas. En el seno de la patria todas las familias ligadas por la misma doctrina cooperarán unisonas al bienestar nacional. Ya no se verá jamás la lucha antisocial de los partidos políticos. Más bello todavía que la concordia doméstica y cívica, será la unión moral de todas las patrias sobre la tierra. Nunca interrumpirá la guerra ese supremo concierto planetario. El Gran Sér social reinará en el mundo entero. Hogares y ciudades recibirán de él las verdaderas leyes del perfeccionamiento y las cumplirán con santo anhelo. Todos los hombres serán fieles servidores de la Humanidad.

Desconocen el espíritu del positivismo algunos individuos dignos de prestar muy buenos servicios á la religión suprema. Se imaginan, por ahora, que es una doctrina puramente filosófica y sólo la profesan en tal forma. Quédanse así en su preámbulo intelectual, sin llegar á su conclusión moral. De ahí que permanezcan inactivos respecto de la sociedad, gastando sus fuerzas

en trabajos infecundos, cuando podrían, si se penetraran del verdadero positivismo, guiar á sus semejantes por los senderos del porvenir. Como estén dotados de nobles talentos y enérgico carácter, puestos á la labor regeneradora serían grandes benefactores de nuestra especie. Además de esos positivistas imcompletos, llamados á ser, sin duda, en la plenitud de su desenvolvimiento, gloriosos obreros de la Humanidad, existen muchos otros hombres distinguidos que ignoran del todo la doctrina final. Por eso los vemos emplear su brillante pluma en quejarse de la desmoralización actual sin que sepan encontrar su remedio. Cuando sean iluminados por la fe altruista cesarán en sus quejas estériles, y llevarán la salud á las almas enfermas. También han de ser muy valientes defensores de la religión de la Humanidad varios de los que, anhelosos de mejorar la suerte de sus semejantes, sostienen hoy, extraviados por un falso criterio, aberraciones sociales. Ellos se persuadirán, en virtud de su índole generosa, de que por medio de la violencia no puede aliviarse la condición del proletariado, y dejando sus funestas impacencias, se consagrarán con verdadera unción á la gran reforma religiosa, que es la única capaz de dar un bienestar duradero á los que hoy yacen en la miseria. Para servir realmente al género humano es menester desligarse de odios y rencores, y sembrar el altruismo con inalterable serenidad. Sólo así cumplen honrosamente con su deber, y hacen una labor benéfica los apóstoles sociales. El espíritu de anarquismo destruiría la santa eficacia de su misión.

Muy arraigada se halla aún la preocupación que mira la historia como un campo de ejemplos, cuando ella es

una serie de preparaciones para llegar al régimen normal. De tan grave error proviene la existencia, ya inmoral, del espíritu guerrero. En ofensa de la Humanidad la Europa es hoy un verdadero campamento. Por cierto que si Escipión, César y Trajano, los tres más altos representantes de la civilización militar, pudieran revivir, condenarían con su energía romana el funesto estado de cosas actual. Ellos hicieron la guerra para establecer la paz universal bajo el imperio de la gran ciudad antigua. Mas esa noble empresa política tuvo que fracasar, pues la unificación efectiva de las naciones sólo puede verificarse religiosamente. En este último sentido, cúpole la honra de intentarla al gran sacerdocio de la edad media, si bien la insuficiencia del teologismo no le permitió tampoco llevarla á cabo. Con el positivismo es dable realizarla ahora en toda su plenitud. Y al servicio de la doctrina suprema han de ponerse, en verdad, los que aspiren á la más virtuosa actividad. Á ese respecto no habrá otros rezagados que los que carezcan de fuerza moral; pero las que alberguen en sus corazones un profundo sentimiento del deber, los que sientan heroicos impulsos á las nobles cosas, los que anhelen mejorar los destinos del género humano, esos irán á la vanguardia, y pasando por encima de todos los egoísmos, afianzarán en las alturas los estandartes de la Humanidad. Mediante los sublimes esfuerzos de tales campeones del bien, será extirpada la guerra sobre el planeta, y todas las naciones unidas en la religión altruísta, cooperarán al bienestar universal.

En el seno de la anarquía actual se encuentran ciertas almas que habiendo naufragado moralmente, creen

no poder ya regenerarse. El positivismo es indulgente con ellas, y las invita á reparar sus extravíos pasados, sirviendo abnegadamente á la Humanidad. Nunca es tarde para cambiar de mal en bien, y menos en nuestra época, cuando la insuficiencia de las antiguas creencias hace más disculpables las caídas. Pero como la religión positiva reorganiza ahora por completo la existencia humana sobre bases inquebrantables, cábeles á los descarriados comenzar una nueva vida. La esperanza luce, pues, para ellos, siéndoles dado entrar, aligerados de culpa, en la vía gloriosa del porvenir. Esos seres, una vez transformados, podrían auxiliar en gran manera á los que permanecieren aún en la anarquía, porque los que han estado descaminados son los que mejor saben guiar hacia la verdadera senda. Fuera de esas víctimas del desorden social del presente, hay muchas naturalezas sinceras que tratan de destruir el mal por medios ineficaces. Respetando la sana intención que las anima, convidálas el positivismo á la suprema labor religiosa que sólo puede hacer feliz la existencia terrestre. Si los esfuerzos de todos los que son aptos para dirigir almas, convergen, bajo la invocación de la Humanidad, en el mismo fin altruista, veremos desaparecer muy en breve la anarquía ante la más solemne regeneración moral, intelectual y material. Ambos sexos, todas las edades y todas las clases sociales, formarán un concierto cada vez más armonioso. Por do quiera sólo habrá cooperación creciente: el hombre pensando y obrando bajo la inspiración de la mujer, ésta sustentada por aquél; el joven protegiendo y venerando al anciano, aquél aconsejado por éste; el proletario trabajando respetuosamente bajo

la dirección del patricio, éste velando por aquél; el sacerdote acatado de todos y sirviéndolos á todos.

Una falsa política arrastra hoy con muchos espíritus que podrían ser muy útiles á la Humanidad. Piensan que el parlamentarismo es lo más adecuado para la felicidad de los pueblos. Tan errado concepto les hace gastar sus fuerzas en labores perniciosas. La historia de los parlamentos no es más que una serie de embarazos al verdadero gobierno. Jamás las reformas eficaces han tenido allí su origen, partiendo siempre de los hombres de Estado constituídos en autoridad política. Las sesiones parlamentarias son el más deplorable espectáculo. Aquello es un palenque de discursos tan superficiales como interminables. Y el público se nutre de esa vacía enseñanza. Las mejores naturalezas se inutilizan dentro del parlamento, ó aspirando á penetrar en él. Tan funesta situación tiene que desaparecer en bien de la sociedad. Velar por la buena administración de los fondos nacionales, es la sola función propia de los parlamentos. Sus atribuciones no pueden extenderse más allá sin perturbar el orden y el progreso. La verdadera política estriba en el fiel desempeño de las diversas funciones del organismo social, y no en el vaivén parlamentario que hace y deshace ministerios todos los días. Respecto del consejo á los gobernantes, no es digno que parta de individuos que ambicionan reemplazarlos. Esa función moral sólo puede ser honrosamente llenada por el sacerdocio. Los que anhelan servir en alto grado á la especie humana, deben incorporarse ahora á la espiritualidad positiva. Esta ha de sanear la pestilente atmósfera social en que

se asfixian tantas almas, constituyendo un medio adecuado para la plenitud de una santa existencia.

El deplorable negativismo de nuestra época seca en los corazones los sentimientos generosos. De ahí esa falta de grandeza moral en los trabajos intelectuales. En su mayor parte ellos sirven sólo para oscurecer las almas, en vez de iluminarlas. Los libros de hoy, con pocas excepciones, no saben inspirar la virtud. Su lectura apoca la tendencia al bien é impulsa hacia el mal. Felizmente, luego ha de surgir la literatura positivista que, difundiendo los más nobles sentimientos, levantará los caracteres, creará energías virtuosas y formará verdaderos santos. Cuantos sepan manejar diestramente la pluma se consagrarán á esa altísima tarea. Y la sublimidad del fin que se propongan hará más luminosos y persuasivos sus escritos. Bajo los sentimientos malévolos, estréchase el espíritu; bajo los benévolos, dilátase. Los mejores libros ó las más bellas páginas han sido dictadas siempre por el amor al género humano. El altruismo es quien da más claridad, precisión y consistencia al discurso, y quien le infunde la elocuencia que conmueve y rehace corazones. Aun censurando el mal hay que ser cordial, de suerte que la amarga ironía no empañe jamás nuestro lenguaje. Puede emplearse la mayor energía contra el vicio, pero no con odio, sino con serenidad y para transformarlo en virtud. Si al hablar solemos verter expresiones intemperantes, al escribir debemos vigilar con la benevolencia todas nuestras palabras, y, en especial, cuando han de ser llevadas á la imprenta. Entonces ejercemos un ministerio de una gran responsabilidad,

somos obreros espirituales. Todos pueden leer nuestros escritos, y es menester que encuentren siempre en ellos una luz vivificante, sintiéndose purificados y dispuestos sólo para hacer el bien.

En el régimen positivista la vida humana tendrá su más perfecto desarrollo. El sentimiento, la inteligencia y la actividad estarán de acuerdo y se desenvolverán armónicamente. Cada individuo podrá llenar su destino en comunión moral, mental y material con sus parientes, sus conciudadanos y todos los habitantes del planeta. Y ese espíritu de concordia se extenderá mucho más aún. El hombre abrazará cordialmente en su alma á todos los que han sabido cumplir con su misión en el pasado, bajo las diversas creencias, y á todos los que en el futuro perfeccionarán cada vez más la sociocracia terrestre. Se vivirá, pues, en consorcio fraternal no sólo con el presente, sino también con la prioridad y la posteridad. Nuestra especie entera tendrá plena conciencia de que no es más que una gran familia, con un mismo hogar, una misma historia y un mismo destino. Todas las almas concurrirán de las diversas partes de la tierra, á mejorar incesantemente la existencia universal. Semejante estado de armonía planetario llevará consigo una indecible felicidad. Aquello ha de ser una generosa lucha de altruismos en que las fuerzas morales desplegarán todo su esplendor. Con la más sublime emulación se adelantarán unos á otros. Se tratará sólo de vencer á los demás en virtudes, y los vencidos seguirán de buen grado á los triunfadores. La atmósfera social será tan pura que hasta los más débiles sentirán su benéfico influjo.

Los templos de la Humanidad han de ser frecuentados

por la mujer y el hombre, por el joven y el anciano. En esas mansiones augustas se reunirán todas las almas para rendir culto público al Gran Sér, y retemplarse en la virtud. Allí se hallarán concentradas como en su foco las mejores creaciones del genio. El edificio del templo, la más noble manifestación de la arquitectura, es ya por sí mismo un lenguaje majestuoso que infunde respeto en los corazones. Y en su seno nos hablan con santa elocuencia y creciente intensidad la escultura, la pintura, la música, y, cerniéndose sobre todo la poesía religiosa, cuyos intérpretes sacerdotales aconsejan al presente en nombre del pasado y para el porvenir. Partiendo del templo las solemnes procesiones sociolátricas recorrerán las ciudades en medio del profundo recogimiento de sus habitantes. Ellas serán gloriosas representaciones de las grandes fases sociales recorridas por el género humano. Tales ceremonias envuelven un debido homenaje á los que nos han guiado en el transcurso de los tiempos desde el fetichismo primitivo hasta el positivismo final. Esas legiones de nobles obreros se hallarán dignamente simbolizadas según las épocas fundamentales del progreso de nuestro linaje. Uno en pos de otro desfilarán los carros históricos, formando una marcha verdaderamente triunfal y religiosa cerrada por la estatua de la Humanidad, la cual preside y resume todos los trabajos benéficos realizados sobre el planeta y los que habrán de verificarse. Gracias al santo influjo de las fiestas en el templo y de las procesiones fuera de él, los hombres no aspirarán más que á los nobles placeres. Del arte corruptor nadie sabrá gustar. Los goces impuros se verán ahuyentados por las expansiones benévolas. La alegría será

siempre honesta. En las familias, en las ciudades, sobre el planeta entero reinarán la virtud y la felicidad.

La energía moral tan decaída ahora habrá de levantarse luego alcanzando su mayor intensidad. Con abnegado valor se encaminarán muchas almas por los senderos de los más altos deberes. Ellas sabrán acrecentar, mediante sus heroicos esfuerzos, los dominios del altruismo en la tierra. Perseverantes é infatigables sólo para hacer el bien doméstica, cívica y universalmente, cumplirán con su misión humana, siendo vivos ejemplos de virtud. Nada detendrá á esas almas fuertes en su obra de incesante perfeccionamiento. Vencedoras de todos los egoísmos, su existencia constituirá una perpetua ascensión moral. Llegado el término de sus días, concluída su tarea, se dormirán tranquilas y amantes en el seno de la Humanidad. Su último aliento será un voto altruista por que se mejore cada vez más el destino de sus semejantes. Quisieran seguir velando por ellos desde sus tumbas. Almas que así viven y mueren, se perpetúan en el recuerdo y la imitación de sus descendientes. Con el transcurso del tiempo se irá extendiendo el altruismo por la creciente herencia moral que pasa de una generación á otra. Todós los santos anhelos de que es susceptible nuestra naturaleza con los cuales fueron ideados bajo el teologismo las mansiones celestiales, se concentrarán bajo el positivismo, en el sólo mejoramiento terrestre. Será universalmente reconocido que el deber y la felicidad estriban en vivir para los demás. Cada individuo se mirará como un servidor nato de la sociocracia. Á ella referirá siempre sus trabajos y aspiraciones. Nadie tratará de salvarse fuera del planeta, ni de la Humanidad.

dad. Ello importaría una gravísima infracción moral. Ni es dable escudarse ya con los ejemplos históricos de las grandes almas teológicas, porque ellas no conocieron la religión altruista que debía surgir más tarde, y de la cual serían ahora, si pudieran revivir, los mejores adeptos é intérpretes.

El desacuerdo que se ha notado hasta aquí entre la religión y la vida humana desaparece con el positivismo. Esta doctrina suprema abarca por completo nuestra existencia, y la coordina y unifica toda. Nada, sea del orden moral, intelectual ó material, queda fuera de la religión de la Humanidad. Y eso no es tiranía enervadora, sino fecunda disciplina que ningún alma bien templada podrá rehuír. Cuando se aplique la mano á la industria, la ciencia y el arte ha de ser sólo para servir á la Humanidad. Todos los actos del hombre se vuelven, pues, en el positivismo, esencialmente religiosos. De ahí que nuestra existencia normal adquiera una grandiosa armonía. Las más modestas funciones materiales se hallan ennoblecidas y vienen á hermanarse con las más altas funciones morales en el fin común del bienestar social, pero unas y otras con sus medios respectivos. No habrá ya sobre la tierra más que dignos obreros, que trabajan unísonos en las diversas esferas de la actividad humana. La religión altruista iluminará hogares, talleres y escuelas, resplandeciendo sobre todo en los templos, donde se recibirán las más sublimes inspiraciones. Por todo el organismo social circulará un espíritu de abnegación que hará gozar á cada individuo con la práctica de la virtud. Los deberes positivos reglarán el curso entero de la vida privada y pública. Guía eterno de cuanto se realice de

útil y santo sobre la tierra ha de ser la religión de la Humanidad. Á su dirección suprema todo estará sometido.

De nuevo se ha abierto, y para no cerrarse más, el dominio de la gracia religiosa que aparece ya en su verdadero aspecto. Las súbitas iluminaciones del espíritu, debidas á los generosos impulsos del corazón, que transformaron á San Pablo y tantos otros seguidores suyos, habrán de repetirse en nuestro tiempo. Muchos de los que permanecen alejados aún del positivismo se sentirán invenciblemente atraídos hacia él, y de entre sus más violentos adversarios saldrán tal vez sus mejores apóstoles. Hay, en efecto, quienes lo rechazan de corazón, y le oponen enérgica resistencia porque lo creen perjudicial al género humano; pero cuando vislumbren que esa doctrina suprema viene á engrandecer la moral y á santificar la tierra, comenzará en ellos una íntima y sublime transformación, quedando al fin convertidos en fervientes servidores de la fe universal. Si antes fueron tenaces en atacarla, más tenaces serán ahora en defenderla. Y las potencias morales y mentales de que estén dotados se avivarán al soplo armónico y creador de la religión altruista. ¡Fecunda y luminosa labor la de tales obreros! Ellos serán piedras vivas del edificio del porvenir. Á todas partes llevarán su poderoso aliento que rehace hombres. En medio de sus grandes trabajos y del imperio que ejerzan sobre los corazones, se mantendrán serenos, cual siervos humildes de la Humanidad. De ella lo han recibido todo: virtud, ciencia, carácter; y no pueden enorgullecerse porque cumplen con los deberes que corresponden á las fuerzas de sus almas. Serán verdaderamente

santos y sabios. Al paso que enseñan con sus palabras y sus escritos, ejemplarizan con su conducta. Modelos por la virtud y maestros por el saber, encaminarán á los hombres á la vida altruista y los fijarán para siempre en élla.

La suprema equidad que informa al positivismo, facilita mucho su predicación entre los fieles de las diversas creencias que existen todavía sobre la tierra. Nuestra doctrina no se presenta condenándolas como extravíos, sino acatándolas por su valor moral, y reconociendo sus servicios. En los llamamientos que hace no trata de que se abandone con odio las antiguas creencias, sino que intenta convertir á modo de evolución, en que, respetando lo pasado, se entra á un estado religioso más puro, y susceptible de unir á todos los hombres con la misma fe. Los nuevos adeptos del positivismo, ya vengan del monoteísmo, del politeísmo ó del fetichismo, no reniegan de lo que profesaban, sino que lo perfeccionan. Y este progreso armónico y sin solución de continuidad con la doctrina anterior, ha de realizarse en todas las nobles almas que aún permanezcan fuera de la religión de la Humanidad. Tal es, por cierto, la sublimidad del positivismo que, cuanto sér generoso llegue á conocerlo, no podrá menos de incorporarse en él. Ahí es donde se adquiere la plenitud de la vida por el desarrollo acorde de todos nuestros atributos bajo el imperio de la más perfecta moral. Pero quien desplegará especialmente mayor virtud y alcanzará felicidad y gloria sin iguales, es la mujer. Fuente inagotable de los más puros afectos ha de ser ella, símbolo de la ternura y la abnegación, tipo del verdadero ideal. En la más augusta de

sus funciones, la de madre, creará fervientes servidores de la Humanidad; en su carácter de esposa, endulzará la existencia del hombre y lo alentará al cumplimiento de sus deberes; como hija, fortalecerá en el padre el más altruista de los sentimientos, la bondad. Para todas las condiciones sociales será la mujer una divina providencia moral. Su santa imagen resplandecerá en los altares domésticos y públicos.

Durante la transición al régimen normal, han de prestar eficacísima ayuda las mujeres de alma tan bella como enérgica que abundan particularmente en la ilustre patria de la sublime Teresa. Hay entre ellas quienes manejan la pluma con un calor moral inimitable, siéndoles dado, cuando lo intenten, encender á muchos corazones en el amor de la Humanidad. Pero además de las nobles mujeres que guiarán con sus luminosos escritos hacia la verdadera religión, se encuentran también las que, más en conformidad con la misión propia del sexo amante, sabrán ejercer influencia muy intensa y saludable presidiendo el salón social. Ahí, coronadas de modestia, dulzura y pureza, reinarán sobre los hombres, encaminándolos con persuasivas insinuaciones al positivismo. Talentos perdidos, voluntades inertes, recibirán de ellas luz y vida. Á cuantos las conozcan alcanzará su radiante inspiración. Y muchos seres decaídos, que veían cerrada ya la senda de una digna existencia, emprenderán, regenerados del todo y sin mirar hacia atrás, una fructuosa carrera de servidores de la Humanidad. Esas santas mujeres serán, ciertamente, madres espirituales de innumrables hombres, hechos de nuevo con su bendito influjo. Completamente desinteresadas en su celo reli-

gioso, gozarán de altruista satisfacción al ver cómo aumentan los buenos obreros, crece la verdadera doctrina y la sociedad se reconstituye sobre bases incommovibles. Aunque nada reclaman ellas para sí, han de ser miradas con profunda veneración por los que hubieren participado de su inefable estímulo, y vivirán en la posteridad cual gloriosas promotoras del triunfo de la fe universal.

La patria de la insigne Santa Teresa lo es también de San Ignacio, el egregio fundador de la célebre Compañía, cuya misión esencial ha sido salvar la unidad católica amagada por violenta anarquía. Cuando las doctrinas tendían á hacerse no ya nacionales sino hasta individuales, ese grande Instituto, tan calumniado y perseguido, mantuvo con inquebrantable firmeza el espíritu de universalidad de la religión. Se les ha imputado como un crimen á los ignacianos su abnegada subordinación á los fines morales de la Compañía. Ellos no tienen patria, se dice. Mas no es porque la desconozcan, sino porque viven en la Iglesia, que carece de fronteras nacionales, intentando hermanar desde ahí á todos los pueblos en la misma fe. Es cierto que con la doctrina teológica que profesan no puede realizarse eso, pero les queda la gloria de haber sostenido heróicamente la noción de la generalidad humana en medio del desconcierto individualista, hasta la solemne aparición de la doctrina positiva, que se cierne ya sobre el planeta con los resplandores del amor social y de la verdad tangible. Los más esclarecidos discípulos de Ignacio fueron compatriotas suyos, desplegando, á su ejemplo, invencible valor para propagar y enaltecer el catolicismo. Siempre ha sido España fecunda en apóstoles del bien y estéril en após-

toles del mal. El venenoso negativismo no fructifica en esa generosa nación. Digno de ella sería que sus hijos, los ignacianos, tomaran en su seno la iniciativa de la regeneración final, consagrándose con la energía que les caracteriza al servicio de la fe altruista y demostrable. La conciliación de la ciencia y la religión, empeño constante que honra á esos preclaros sacerdotes, se halla indestructiblemente establecida en el positivismo. Gracias al espíritu armónico de que están ellos poseídos llegarán, sin duda, á persuadirse de que la unidad se hace más completa y estable, refiriéndolo todo á la Humanidad, que esforzándose por referirlo todo á Dios. El ilustre Ignacio, verdadera encarnación del pueblo español, por su grandeza moral, sería el primero en asentir á eso, si pudiera revivir. Y es seguro que modificaría, al presente, su sagrada consigna en esta forma: *Ad majorem gloriam Humanitatis*.

La Iglesia católica, mucho antes que surgiera San Ignacio, y cuando ya empezaba á inquietarla el escepticismo, tuvo el más esclarecido de sus representantes en San Bernardo. Este hombre sorprendente que es, sin duda, la naturaleza sacerdotal más completa del teologismo, gobernó espiritualmente á toda la sociedad de su época, habiendo permanecido siempre monje. La celda del convento era su mansión favorita, y ahí, cubierto de humildad, velaba con su ardiente alma por el mundo entero. Asombra la múltiple y prodigiosa actividad de San Bernardo, y parecería increíble si no la atestiguaran sus preciosos é innumerables escritos que nos conservan viva aún tanta labor. Con su santa y vigorosa elocuencia acomete al espíritu de duda que trata de socavar la religión, y lo

obliga á declararse vencido en la persona de su más firme campeón. El cisma en que dos individuos con sus bandos respectivos, se disputan la sede pontificia, es aplacado por su augusta influencia. Si quedan algunos que todavía fomentan la división, ceden al fin, subyugados por el celo religioso de San Bernardo, que no descansa en sus persuasivas y enérgicas amonestaciones á prelados y príncipes hasta dejar enteramente pacificada la Iglesia. La eficaz mediación del ilustre monje es invocada para apaciguar contiendas internacionales, civiles y domésticas. Como subiera al pontificado uno de sus discípulos, éste le demanda instrucciones para el desempeño de la función suprema, y San Bernardo le escribe entonces el célebre tratado de la *Consideración*, calificado de código de los papas. Desean los templarios recibir inspiración de él, y cediendo á sus instancias les dirige la maravillosa *Exhortación* en que los alienta al heroísmo con el más viril lenguaje. Todo el mundo le pide lecciones al santo, de modo que su incansable pluma tiene que diversificarse hasta el infinito. En su inmenso epistolario se le ve adoctrinar con admirable prudencia á ambos sexos, á las diversas condiciones sociales, á los caracteres más opuestos. Son muchos, por otra parte, los tratados en que ha expuesto la más profunda enseñanza religiosa. El del *Amor de Dios* brilla particularmente por el espíritu de sublime abnegación que lo dictara. Pero donde resplandece, sobre todo, la alteza moral de San Bernardo, es en su trabajo sobre las glorias de la Virgen Madre. Este bello ideal de la mujer convertida en divina protectora de nuestro linaje, no había tenido nunca defensor más ferviente. Las palabras de San Bernardo

respiran una dulzura inefable. Á la Virgen Madre lo refiere todo. Por Ella se regeneran los pecadores, se esfuerzan los débiles, serénanse los angustiados, perseveran los virtuosos y se santifican; por Ella, en una palabra, se salva el mundo. Ella es á la vez modelo de todas las perfecciones y ayuda para conseguirlas. Quiere, en fin, San Bernardo que incesantemente se imite y acuda á la Virgen Madre. Y así lo practicó él durante su vida entera. No pasó día que no recurriera á la Virgen Madre como á ejemplo y consuelo, aprendiendo de ese ideal supremo, á ser modesto y afectuoso en medio de su obra gigantesca. Nunca se hinchó de orgullo su alma, ni perdió jamás el amor. La unión moral de San Bernardo, con el excelso tipo femenino, fué completa. Siempre lo tuvo impreso en el fondo de su corazón. De ahí que cuando el Dante construyó su portentoso Paraíso hubo de darle al incomparable Bernardo el puesto de honor entre todos los santos, y se hizo presentar por él á la Virgen Madre en los más sublimes versos que cantara el divino poeta. Por igual motivo cábele un rango eminentísimo entre los precursores del culto de la Humanidad, habiendo sido eternamente simbolizado este verdadero Gran Sér, por Augusto Comte, en el ideal predilecto del sublime monje.

El funesto escepticismo no deja hoy ver á muchos los grandes servicios prestados por los místicos. Estos dignos obreros trabajaron en la más difícil é importante de las tareas, cual es el perfeccionamiento del corazón humano. Tuvieron, con ese objeto, que vencerse á sí mismos, domando con inflexible perseverancia todos los malos instintos. Al paso que sofocaban de ese modo el egoísmo,

avivaban el altruismo con la expansión de los afectos generosos. Fueron, ciertamente, los místicos los más hábiles constructores de la moralidad. Gracias á la vigilancia continua que ejercían hasta sobre sus más imperceptibles sentimientos, llegaron á conocer á fondo nuestra naturaleza, y la impulsaron al más alto grado de virtud. Por su heroica conducta eran ideales vivientes para los demás hombres. En sus santos escritos nos han dejado los mejores estudios sobre el alma. La analizan bajo todas sus faces, sondan sus infinitas dolencias y muestran el camino de la salud. Nada hay comparable en riqueza moral al sublime poema de la *Imitación* que es como la síntesis del misticismo. En él encontrarán cuantos deseen andar siempre por los senderos del bien un guía seguro y amistoso, reemplazado ahora el concepto imaginario y provisional de Dios que ahí hubo de prevalecer, por el concepto real y definitivo de la Humanidad que debe ser ya el centro supremo de la vida. Dando este rumbo á todas las nobles aspiraciones, han de alcanzarse mejoramientos increíbles en nuestra constitución moral. Eso evita además los peligros antisociales del antiguo misticismo. Por cierto que las grandes naturalezas no cayeron en ellos, pues al tratar de unirse con el ideal teológico no olvidaban nunca á sus semejantes. De la incomparable Santa Teresa es esta profunda máxima «La única manera de saber que amáis á Dios, es amando al prójimo». Y en sus preciosas *Moradas*, historia, por experiencia en sí misma y previniendo contra los extravíos, los pasos de un alma que se eleva gradualmente á un completo misticismo, cada vez con más dulzura, veneración y energía para el bien. Pero bajo la religión altruista todo

tiene un carácter esencialmente social, de suerte que el fin último de los más íntimos perfeccionamientos es vivir para los demás con la mayor intensidad posible. El verdadero creyente positivista debe ser siempre un abnegado servidor de la Familia, la Patria y la Humanidad.

Tan fatal es la influencia deletérea del escepticismo, que los que alguna vez la han sufrido, apenas si pueden elevarse mediante grandes esfuerzos á la unción moral. Sucede que ese estado enfermizo tiende á perpetuarse, y reaparece incesantemente aunque se le apliquen los más enérgicos remedios. Ello es como un mal crónico del espíritu. Pero la perseverancia en los santos propósitos de regenerarse triunfa al fin del escepticismo, ó, á lo menos, si no lo extirpa del todo, lo subyuga de manera que no influya en la conducta. Entonces no se obra más que bajo nobles inspiraciones, y si vientos malévolos agitan el alma, guárdase inacción hasta que se restablece una digna serenidad. Así han de vivir todos los servidores de la religión altruista, para poder transformar la sociedad. Hay que crear un nuevo mundo moral donde no aparezca nunca el escepticismo que tanto degrada la naturaleza humana, destruyendo con su sople impuro los más generosos sentimientos. De esa sagrada empresa serán distinguidos obreros varios de los que se hallan extraviados aún. Esclavos hoy del negativismo, yacen inertes en las cavernas de la impiedad. Cuando llegue á tocarlos la doctrina altruista, saldrán de las tinieblas á la luz, viniendo á desplegar una gloriosa actividad. Al presente miran con repulsión la suprema labor religiosa que se opera en la tierra, creyendo locos á los que se consagran á ella. Desconocen por tanto, la verdadera

Índole de las enfermedades del espíritu. La locura, propiamente dicha, es un desequilibrio cerebral que hace del que lo experimenta una persona inútil. Incurable á veces, dura, generalmente, sólo un período más ó menos largo, recobrándose al respecto la salud como en las enfermedades corporales. Y hombres eminentes pueden verse aquejados de esa dolencia, bien entendido que todo el tiempo que se hallen así, están inhabilitados para servir á sus semejantes. Pero la exaltación cerebral armoniosa no constituye locura, sintiéndola particularmente los que velan de corazón por los destinos de nuestra especie. Ni deben tampoco calificarse de tal las crisis violentas que sufren los que cambian de religión y los que pasan del mal al bien. Esas son profundas sacudidas morales en que el consenso del alma se organiza de nuevo.

El más elevado y santo carácter que pueda tener el hombre, es el de servidor de la Humanidad. La Grecia había consignado eso espontáneamente en el tipo de Prometeo. Después lo consignó también á su vez el catolicismo en el tipo de Cristo. En éste fué condensado todo el amor que es dable concebir por la suerte de nuestra especie. Á él convergió la adoración de los hombres, como á un modelo perfecto de virtud. Y el tipo de Cristo representaba la encarnación humana del ideal divino. Tratábase con eso de satisfacer la necesidad de la verdadera comunión moral que sólo puede establecerse entre seres homogéneos. Uno de los más ilustres pensadores católicos, fray Luis de Granada, en su profundo diálogo entre San Ambrosio y San Agustín sobre el misterio de la encarnación, demuestra con un criterio

magistral lo oportuno, lo conveniente y lo necesario de dicho misterio para que el culto religioso fuera realmente eficaz. Á su juicio, no le es dado identificarse á nuestra alma sino con lo que se le parece. El hombre, diría hoy fray Luis de Granada, no debe adorar más que á la Humanidad. Dentro del mismo catolicismo operóse una evolución moral bajo la influencia del culto de los caballeros por la mujer, y el tipo de Cristo fué gradualmente reemplazado por el de la Virgen Madre. Y en verdad, el ideal femenino personifica mucho más dignamente el altruismo. Nada hay comparable á la abnegación y bondad de la mujer en sus diversas condiciones, sobre todo en la maternal, que es la más venerable. Maravillosa ha sido la santa influencia del misterio teológico de la Virgen Madre. Pero si el teologismo hubo de representar al ideal por el misterio, el positivismo lo representa por la utopia. La Virgen Madre pasa á ser ahora la aspiración general del sexo amante, cual suprema esperanza, limite final de su perfeccionamiento.

Uno de los medios más eficaces de serenar y ennoblecer la naturaleza humana es el culto por los muertos. La tumba de nuestros padres y de los demás seres queridos constituye una sublime escuela de virtud. Ahí, en viva é intensa comunión moral con ellos, se apagan todos los egoísmos, llenándose el alma de solemne unción. Pero además de ese sagrado contacto con los muertos de la familia, que es un deber tan eficaz para nuestro perfeccionamiento, contribuye, por su parte, á enaltecer en sumo grado nuestro sér, el recuerdo venerante de las grandes fases sociales de la historia, verdaderos antepasados de todo el género humano. Como nuestros parien-

tes proveen á nuestro desarrollo individual, en especial la madre, que es quien nos forma el corazón, así los períodos fundamentales del pasado, por una filiación no interrumpida, han elaborado la civilización universal. Nos cumple, pues, resucitar en nuestras almas, con noble gratitud, el fetichismo inicial, la teocracia egipcia, la intelectualidad griega, la sociabilidad romana, la moralidad católico-feudal, y el movimiento científico é industrial, última preparación para llegar á la religión de la Humanidad. La historia es, en verdad, el glorioso panteón del pasado que debemos visitar siempre con profundo respeto. Si la tumba de cada familia liga indisolublemente á los vivos con los muertos, el desenvolvimiento sin solución de continuidad de nuestra especie, establece la dependencia necesaria de todo individuo hacia el conjunto de la evolución social. El culto al pasado es, por tanto, una sagrada obligación de cada hombre. Y ello nos predispone á servir mejor al porvenir. Cuando no se venera á la Prioridad, no cabe verdadera consagración á la Posteridad. Únicamente los que acatan los tiempos que fueron, viven para los tiempos que serán. Sucede, á ese respecto, como en la familia, donde sólo los buenos hijos saben ser buenos padres.

Temen algunos, infundadamente, que el régimen pacífico que la religión de la Humanidad viene á establecer, pueda apocar los caracteres, extinguiéndose tal vez el valor y el heroísmo. Pero eso no acaecerá, porque la educación positiva tiende en especial á inculcar el sentimiento del deber, bajo cuya inspiración se obra siempre con energía. En todas las esferas de la vida, el individuo concurrirá dignamente al bienestar de nuestra especie.

Ya no habrá matanzas odiosas de seres humanos, estando exentos los mayores esfuerzos de las impurezas que supone la guerra. El espíritu de fraternidad universal presidirá los efectos, ideas y actos de todos los hombres. Cada cual tendrá su honroso trabajo diario en alguna función útil del organismo social. El modesto proletario, que lleva una virtuosa vida pública y privada, estará en la jerarquía moral, basada en los méritos del alma, muy por encima del elevado patricio que desatienda sus obligaciones. Hermoso espectáculo ofrece ya, de suyo, la perseverancia en el cumplimiento de los deberes siempre constructores, de lo cual será la mujer el más bello ejemplo, creando y perfeccionando corazones. Pero ocurrirán además, en el seno del régimen pacífico, muchas ocasiones de medirse con grandes peligros. Ya en tierra, ya en mar, nunca faltarán accidentes en que sea menester desplegar un coraje sublime. Los vencedores salvarán vidas solamente, recibiendo bendiciones de todos. Su gloria estriba en ser protectores de los hombres, sin exclusión de nacionalidad alguna. Y bajo la concordia planetaria se experimentarán naturalmente grandes impulsos hacia los hechos generosos. La benevolencia activa y abnegada será frecuente. Ayudar á nuestros semejantes, gozar con su alegría, dolerse de su pena, velar siempre por ellos con vehemente anhelo, constituirá la más grata labor humana.

Las prácticas religiosas que nos acompañan desde la infancia, despiertan, mantienen y acrecen nuestra moralidad. Cuando por hallarse ellas basadas en el teologismo se las abandona al perder la creencia en que descansan, estalla en el alma un penoso y funesto desorden.

Las pasiones egoístas se desencadenan sin que haya medio de contenerlas, pues ya no existe la disciplina del corazón. En ese fatal trastorno de nuestro sér, aunque se trate, en momentos de ansiedad, de volver á las prácticas religiosas, ya no se encuentra en ellas su antigua influencia, porque la mente no puede admitir el teologismo que las informa. Sólo en el seno del positivismo es dable constituir de nuevo la unidad moral del alma, si bien los que á él lleguen no alcanzarán la plenitud de armonía de los que en él nazcan. El hombre escéptico perturbará, á veces, en aquéllos al hombre religioso, mientras que en éstos habrá una perfecta continuidad. En efecto, quien se hubiese formado desde la infancia en el positivismo, no podrá perder jamás la fe, porque ella está aquí de acuerdo con la razón, hallándose, á la vez, eternamente aseguradas las prácticas religiosas. Y los creyentes recurrirán diariamente á ellas para conservar y fortalecer la salud moral. Además de ese culto íntimo, en que los corazones se elevan incesantemente á la Humanidad adorando sus verdaderas personificaciones domésticas, y, sobre todo, á la madre, vienen á enaltecer mucho la vida, los sacramentos sociales y las grandes ceremonias públicas. Los nueve sacramentos llevan al individuo desde su nacimiento objetivo hasta su inmortalidad subjetiva, eslabonando su existencia entera con una serie de actos solemnes. En el de *la presentación*, los padres contraen ante el sacerdocio el compromiso sagrado de velar por la educación moral, intelectual y material del nuevo miembro de la Humanidad. Con *la iniciación* se abre el aprendizaje teórico, advirtiéndole de sus peligros y manifestando que se estudian las cien-

cias sólo para servir debidamente á nuestra especie. Por medio de *la admisión* se consagra la suficiente preparación en el saber abstracto, que habilita para ensayarse en la vida práctica. *La destinación* solemniza la función que se entra á desempeñar en el organismo social. Hasta nuestro tiempo, sólo han sido consagrados los reyes y los sacerdotes; pero en el régimen sociocrático deben serlo todos los cooperadores en la labor colectiva, sean proletarios ó patricios. Nombramos ahora el más importante de los sacramentos, *el matrimonio*. Éste constituye el hogar doméstico, en donde sólo pueden formarse los buenos servidores de nuestra especie. La unión de ambos sexos adquiere en el positivismo toda su plenitud y pureza. Indisoluble es el lazo religioso de los cónyuges aun después de la muerte de uno de ellos, y su fin esencial consiste en el perfeccionamiento recíproco de la mujer y el hombre, que han de fundir sus almas en un santo afecto, á fin de trabajar juntos para la Familia, la Patria y la Humanidad. El sacramento de *la madurez* se administra en esa edad decisiva en que el individuo se halla entre la juventud y la vejez, con todo el desarrollo de sus facultades, debiendo ser ya completamente responsable de sus actos. Cuando llega la época en que el servidor de la Humanidad necesita ya descansar, *el retiro* sanciona religiosamente la suspensión de su labor. Á pesar de la anarquía actual, hay como un ensayo de ese sacramento positivo en la jubilación cívica de que gozan los empleados oficiales. Y no faltan tampoco nobles patricios que aseguran el honorable reposo de los que alcanzan una edad avanzada, cumpliendo bajo ellos su función social. Ese es, en el fondo, un deber sagrado que

afianzará, en el régimen sociocrático, el digno solaz de todos los ancianos del proletariado. Una vez próxima la muerte, tiene lugar *la transformación* en que el sacerdocio auxilia solemnemente el paso de la existencia objetiva á la subjetiva. El hombre no se separa de los vivos por la destrucción corporal, pues queda con ellos bajo la forma del recuerdo, y su acción continúa, se purifica y engrandece, según los servicios que haya prestado. Cierra, en fin, la serie de los sacramentos positivos, *la incorporación*. En ella, transcurrido cierto espacio de tiempo después de la muerte, y previo un juicio solemne presidido por el sacerdocio, se declara beneméritos de la Humanidad y sus inmortales representantes, á los que hubiesen hecho el camino de la vida guiados siempre por el más profundo sentimiento del deber y realizando, por eso, solamente santas acciones. Son antecedentes que han preparado este sacramento, las canonizaciones del catolicismo y los célebres fallos póstumos de la teocracia egipcia que calificaban tanto la conducta de los reyes como la de los proletarios.

La parte del culto en que las almas adquieren todavía más desarrollo religioso, es la formada por las grandes ceremonias que se celebran en los templos. Ellas han de reproducirse anualmente con una perfecta fijeza, gracias á la regularidad del calendario positivista. Según éste, cada revolución de nuestro planeta se halla dividida en trece meses de cuatro semanas. Queda un día excepcional en los años ordinarios, el cual es consagrado á los muertos y lleva su nombre. El que le sigue, en los bisiestos, se llama el de las santas mujeres. Apellídanse provisionalmente los meses, durante la transición al régimen

normal, con los nombres de los siguientes ilustres representantes de la evolución social: Moisés, simbolizando la teocracia; Homero, la poesía antigua; Aristóteles, la filosofía antigua; Arquímedes la ciencia antigua; César, la civilización militar; San Pablo, el catolicismo; Carlomagno, la civilización feudal; Dante, la epopeya moderna; Gutenberg, la industria moderna; Shakespeare, el drama moderno; Descartes, la filosofía moderna; Federico el Grande, la política moderna; Bichat, la ciencia moderna. Los días, pero los dos excepcionales con los suyos, conservarán siempre sus nombres actuales. Cuando nos establezcamos sociocráticamente se designarán los meses ó por el número de orden, ó por las fiestas religiosas á que estén consagrados. En los seis primeros celébranse los lazos fundamentales de nuestra especie, á saber: la Humanidad, el Matrimonio, la Paternidad, la Filiación, la Fraternidad, la Domesticidad; en los tres intermedios se conmemoran los estados preparatorios del positivismo, que son: el Fetichismo, el Politeísmo, el Mono-teísmo; en los cuatro últimos, se glorifican las funciones normales del organismo social, constituidas por la Mujer, providencia moral, el Sacerdocio, providencia intelectual, el Patriado, providencia material, el Proletariado, providencia general. Este culto sociolátrico se subdivide en ochenta y una fiestas, en que, unidas la moral y el arte en indisoluble y solemne consorcio, los más nobles estímulos al cumplimiento del deber, producen los más inefables placeres. Ello será una serie de enseñanzas sublimes. Las más altas creaciones del genio estético se concentrarán en los templos. Ahí experimentarán las almas goces siempre puros y santos. Cada fiesta sociolátrica dejará

tan gratas y virtuosas emociones que se esperará su vuelta en el siguiente año con religioso anhelo.

Para dar á nuestra naturaleza la más completa armonía, instituye el positivismo la trinidad suprema de la Humanidad, la Tierra y el Espacio. Todas las relaciones morales, mentales y activas del hombre quedan con ella perfectamente coordinadas, bajo el imperio del amor. Adoramos, en primer lugar, al Gran Sér social que es nuestra providencia consciente y directa. Extiéndese, en seguida, nuestro culto al planeta que habitamos, fuente de todas nuestras provisiones y materiales, adjuntándole el sol que lo alumbra y vivifica, la luna que embellece sus noches, y los demás astros de nuestro mundo ligados al desarrollo religioso, poético y científico del género humano. Abarcamos, en fin, con nuestra veneración al Espacio, donde se localizan subjetivamente las leyes abstractas que forman el orden ineludible apellidado el destino. Libres así de todo espíritu de rebeldía, haremos con noble humildad el camino de la vida. Purificando y sistematizando el fetichismo espontáneo de la infancia social y personal, imaginamos religiosamente que el Espacio y la Tierra desean servirnos, si bien su acción eficaz sólo llega á nosotros por el intermedio de la Humanidad. De ahí que este Gran Sér lo resuma todo. Á él, simbolizado en el sagrado ideal de la Virgen Madre, maravillosa creación de los siglos bajo el influjo del altruismo, ha de converger particularmente nuestro culto. Sin cesar debe unirse nuestra alma con la Humanidad, para que nuestros afectos, pensamientos y actos sean cada vez más santos, verdaderos y benéficos.

Derivándose de la teocracia egipcia en que la sociedad

se organizó con acuerdo provisional de los tres elementos humanos, el sentimiento, la inteligencia y la actividad, se han efectuado tres evoluciones fundamentales: la griega, la romana y la católico-feudal. Cada una de ellas cultivó un elemento de preferencia á las demás, y casi con su exclusión, como que la primera fué sobre todo filosófica, la segunda política y la tercera moral. Á esas tres evoluciones sucedió el movimiento científico industrial moderno. Después de éste, era ya preciso encontrar la nueva forma de organización social que armonizara definitivamente y en toda su amplitud el sentimiento, la inteligencia y la actividad. Intentólo la revolución francesa en un arranque de sublime entusiasmo, pero no pudo realizarlo á causa del fatal negativismo que la perturbaba. Varios otros ensayos se efectuaron en seguida por diversos espíritus, aunque infructuosamente, hasta que Augusto Comte hizo suya la grandiosa empresa, llevándola á cabo con éxito completo. El es, en verdad, el padre inmortal de la sociocracia planetaria. Todo concurre aquí en suprema concordia al incesante perfeccionamiento moral, intelectual y material del mundo. La poesía, la filosofía y la política se hallan santamente hermanadas. Ya no habrá ni aristócratas, ni demócratas, sino sociócratas, es decir, cooperadores, desde sus diversas esferas de acción, en el organismo social. Todas las funciones públicas constituyen el ejercicio de deberes sagrados, y se las transmiten unos á otros teniendo siempre en vista el bienestar general. No existen individuos clasificados para ellas, ni mucho menos quienes puedan reclamarlas como herencia, mereciendo sólo ocuparlas los que fueren realmente aptos, cualquiera que

sea su condición. Y ya es dable esperar que los mismos reyes, que presiden todavía el gobierno de varias naciones, se transformen en mandatarios sociocráticos, é instituyan noblemente por sus sucesores á verdaderos hombres de Estado, subordinando el amor de la Familia al de la Patria.

Augusto Comte llevó á cabo su obra grandiosa con un heroísmo sin igual. Niño aún empezó á concebirla. Apenas contaba catorce años de edad cuando hizo en su espíritu los primeros bosquejos de la regeneración suprema que iba á realizar. Con profunda conciencia de su augusta misión continuó sin cesar en sus generosas meditaciones. Á impulsos de la vehemente vocación que lo animaba, vino desde su ciudad natal, Montpellier, á establecerse en la metrópoli humana, para desenvolver ahí, en toda su plenitud, la carrera de reformador universal á que se sentía destinado. Su perseverancia en la sublime empresa es increíble. Nunca deja de pensar en ella. Nada le hace desmayar, ni la dificultad propia de la altísima labor, ni los obstáculos de toda especie que se le oponen. Aquéjanlo sinsabores privados, se desconocen sus servicios, se le rodea de indiferencia, se le calumnia, se le escarnece, vive, en una palabra, crucificado por sus contemporáneos. Pero él, bebiendo la amargura, prosigue infatigable, con paternal benevolencia y revestido de majestad, en su sagrada tarea de redimir al género humano. De tres partes consta la prodigiosa construcción espiritual del Maestro Supremo. Tuvo, ante todo, que organizar el saber humano que se hallaba en completa anarquía. Clasifica con ese objeto las ciencias abstractas en un orden jerárquico inalterable, expone

los principios fundamentales de cada una de ellas, y las hermana indisolublemente por los servicios recíprocos que se prestan y su noble destinación común de servir á nuestra especie. Tal es en su esencia el *Sistema de Filosofía Positiva*, primera parte de la gran trilogía de Augusto Comte. Sucédele luego la segunda que es la más importante. Si había organizado ya el saber humano, necesitaba ahora organizar la existencia humana. En esta labor capital, el genio del Maestro despliega todo su esplendor. Como la fe religiosa estuviese muerta, la resucita y enaltece. La doctrina altruista y demostrable surge luminosa é imperecedera de su espíritu creador, bajo el vivificante influjo de su gran corazón. Á los profundos y sublimes preceptos consignados ahí, habrán de someterse de buen grado todas las almas poseídas del sentimiento del deber. La unidad de destino para nuestra especie entera, ha sido fijada inquebrantablemente por Augusto Comte. Al cielo personal teológico, sucede el cielo social positivo, constituido por la felicidad creciente de las generaciones que se han de suceder sobre el planeta. Titúlase la obra que encierra la fe universal, y que ha de presidir á cuanto pueda hacerse ya de útil y santo, *Sistema de Política Positiva ó Tratado de Sociología, instituyendo la religión de la Humanidad*. Después de este trabajo, único en los anales del mundo, que fija eternamente el glorioso porvenir de nuestra especie, intenta el Maestro concluir su trilogía con la *Síntesis Subjetiva ó Sistema Universal de las concepciones propias al estado normal de la Humanidad*. Por desgracia, la muerte lo interrumpe cuando sólo había escrito la *Lógica positiva* dejándonos privados de la *Moral* y la *Indus-*

tria. Mucha falta hacen estos dos tratados, especialmente el primero; pero debemos confiar en que no pasará largo tiempo sin que sean ejecutados por algún digno discípulo del Maestro, lo que es tanto más factible, cuanto que ellos se hallan virtualmente encerrados en la obra por excelencia en que fué instituída la religion de la Humanidad. La sublime empresa de Augusto Comte ha quedado, pues, inconclusa, pero no incompleta. De lo que él ha hecho puede derivarse naturalmente lo demás. Su misión redentora está cumplida con haber fundado la doctrina universal. Detenido en su transitoria existencia objetiva por el aniquilamiento físico, entra de lleno en la inmortal existencia subjetiva que merece por su excelsa labor. Nadie ha servido como él al género humano. En derredor suyo cambian de rumbo los tiempos. Hasta él, se vivió empíricamente, en luchas frecuentes, en tentativas infructuosas de unión; desde él, comienza la vida sistemática, en que se marcha por grados, pero infaliblemente, á una perfecta armonía dentro de la Familia, la Patria y la Humanidad. Bendigamos y glorifiquemos al fundador de la doctrina suprema que ha de abolir la discordia en la tierra, hermanándonos á todos en la misma fe y el mismo amor.

Pero inseparablemente unido al nombre de Augusto Comte se halla el de Clotilde de Vaux. Cuantos bendigan á aquél han de bendecir á ésta. Gracias al santo influjo que ejerció Clotilde en Comte, pudo el Maestro construir la doctrina universal en toda su perfección. Cuando encontró á esa divina mujer había escrito ya su *Filosofía* y se preparaba a escribir su *Política*. De ella recibe el Maestro una cooperación decisiva, gozando en

su amistad de las más puras y sublimes emociones. Eso le hace apreciar en toda su plenitud la verdadera felicidad humana. Aunque pierde á su digna compañera al año de conocerla, sigue amándola con creciente afecto. Sagrado culto rinde á su memoria. La dulce imagen de la bienaventurada Clotilde renace sin cesar en el corazón del Maestro. En la santa adoración que le tributa diariamente, trata de identificarse con sus virtudes. Tal intimidad moral con su querida muerta, lo perfecciona y engrandece cada vez más. Comprueba en ella cómo se enlazan y refuerzan los afectos generosos, pues ve reanimarse la imagen de su venerable madre, Rosalía Boyer, que viene á colocarse al lado de Clotilde, y luego se junta á ambas su abnegada hija adoptiva Sofia Bliaux. Reunidas las tres, son los ángeles guardianes de Augusto Comte. Bajo su afectuoso amparo elévase, de grado en grado, á la más perfecta santidad y á las más sublimes concepciones. La doctrina altruista se realiza por completo en la propia existencia del Maestro. Sobre su profunda y solemne experiencia personal formula en seguida las verdaderas leyes religiosas del género humano.

La grande influencia ejercida por Clotilde en Comte pasará tal vez desapercibida para las personas que ignoran el enlace de los sentimientos con las ideas, el cual es verdaderamente capital en las meditaciones sobre los destinos de nuestra especie. Cuando el corazón está inerte, son casi inaccesibles esas altas especulaciones, hallándose el espíritu como ofuscado, sin que le sea dable encontrar las vistas generales y armoniosas. Por el contrario, al encenderse los afectos generosos, nuestra men-

te se ilumina, abarca horizontes inmensos, coordina y edifica. Y ese poder de universalidad y de construcción se lo infunde el corazón al espíritu no sólo en la ciencia suprema que tiene por objeto directo al hombre, sino también en las que son su preámbulo. Hasta en las meditaciones matemáticas, la fuerza realmente creadora viene del sentimiento, y él solo evita las divagaciones estériles en que es tan fácil caer á ese respecto. Mediante una noble disposición moral es como se contienen, en todas las esferas del saber, las intemperancias del espíritu, y se hacen converger siempre las investigaciones al servicio efectivo del género humano. De ahí la preciosa intervención que puede ejercer la mujer en las labores del hombre. Dada su índole altruista, ella es quien sabe despertar las más santas emociones, de donde sólo emanan las creaciones fecundas. En ese sentido, idealizóla espontáneamente la antigüedad en las Musas, y la edad media en la Virgen Madre, que resume á aquellas, completamente purificadas. Pero cábele al Dante la gloria insigne de haber cantado proféticamente, en su maravilloso poema, la función normal de la mujer. Es su amada Beatriz quien lo salva de sus extravíos, quien disipa las dudas de su espíritu, quien enciela su alma. Acércase así el más grande de los poetas, al través de cinco siglos, á la religión de la Humanidad. Todos, proletarios, patricios y sacerdotes, necesitamos de la santa influencia de la madre, la esposa y la hija, para realizar plenamente nuestra misión social. La digna vida pública se basa en la virtuosa vida privada. De la afectuosa Clotilde de Vaux recibe Augusto Comte la inspiración beatífica del verdadero

positivismo. En su profunda gratitud, reconoce el Maestro á esa incomparable mujer por su divina Patrona, y le dedica humildemente el libro sagrado que encierra los destinos felices de nuestra especie. Bajo la purísima imagen de Clotilde, adora Comte á la Humanidad, y desea que su eterna compañera personifique también entre los positivistas al verdadero Gran Sér. Esta aspiración del Maestro es un grato deber para todos sus fieles discípulos. De siglo en siglo hemos de adorar á la Humanidad en la santa fisonomía de la celeste inspiradora de la religión universal.

El positivismo reclama el concurso de todas las nobles almas. Sus servidores no han de ser sólo apóstoles, que es dable ayudarlo en gran manera practicándolo concienzudamente. Y de éstos ha de ser el mayor número de los positivistas. Ni sería lícito que se abandonaran las múltiples funciones necesarias del organismo social para consagrarse todos al apostolado. Pero cada cual puede favorecer muy eficazmente la fe universal, declarándose su firme adepto y ejemplarizando con una noble conducta pública y privada. Hemos de ver, por lo demás, á ancianos próximos á reposar en la tumba que recomiendan á sus familias el positivismo. Y si han sido hombres de influencia social dejarán testamentos augustos en que aconsejen la religión de la Humanidad á las nuevas generaciones. Esos solemnes llamamientos tendrán un alcance extraordinario. Muchos serán convertidos por ellos. Pero hemos de ver también á jóvenes que influyen respetuosamente sobre los ancianos y los hacen converger á la doctrina universal. Las generaciones que se van y

las que vienen trabajarán así por la misma causa sagrada. En medio de ese gran movimiento hacia el glorioso triunfo de la religión universal, han de descollar, en especial, las naturalezas verdaderamente sacerdotales, es decir, los que hacen un templo de su propia alma. No porque destruyan del todo, en sí mismos, los malos instintos, que eso no sería compatible con la condición humana, sino porque no gustan jamás de ellos, porque los combaten sin cesar, porque cuando se hallan bajo su influencia andan descontentos y apenados, y, sobre todo, porque aspiran á la santidad, se esfuerzan por adquirirla y sólo se sienten felices con élla. Siempre dispuestos á perdonar y olvidar las injurias, cuyo recuerdo es tan perturbador, y animados á la vez de profunda veneración y enérgica benevolencia, afianzarán esos abneados servidores de nuestra especie los lazos religiosos entre los hombres de todas las naciones, y con la doble serie de los ascendientes y descendientes. Tales ministros de la Humanidad, sus verdaderos intérpretes ante los creyentes, formarán, reunidos bajo un Gran Sacerdote, el poder espiritual planetario, luminoso guía de las Familias y las Patrias, guardian augusto de todos los deberes, y juez religioso de todas las vidas. Ese solemne imperio moral será acatado en la tierra entera. Ningún alma noble querrá desconocerlo. El sacerdocio positivo, órgano necesario de la unión universal, enseña, aconseja y consagra en nombre de la Humanidad, velando así por el orden y el progreso sociocrático. Una consciente opinión pública vigila, por su parte, el perfecto cumplimiento de tan sublime magisterio. De ese modo, sólo será desem-

peñado por los que tengan vocación sacerdotal, por los verdaderos padres de la Iglesia universal, que viven de todo corazón para los fieles sus contemporáneos y los que les han de suceder en la serie de los tiempos hasta el último porvenir.

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE.

(CALLE DE LA MONEDA, NÚM. 9)

() Nacido en Valparaíso, el 28 de enero de 1852.

Santiago, 6 de Descartes de 98 (13 de octubre de 1886).

() Es práctica aconsejada por la religión de la Humanidad el firmar acompañando el nombre de la ciudad y fecha de nacimiento.

ERRATAS

--oφo--

<u>PÁG.</u>	<u>LÍN.</u>	<u>DICE</u>	<u>LÉASE</u>
48	4	los efectos	los afectos
54	5	á las demás	á los demás
58	23	desapercida	desapercibida
61	15	abneados	abnegados